

Se escucha el silencio

Las hermanas

IVÁN HERNÁNDEZ A.

Frailejón Editores, Medellín, 2015, 75 pp.

HABÍA LEÍDO *Las hermanas*, de Iván Hernández, en la tercera edición de la Editorial Norma, en 1997. Ahora Frailejón vuelve a publicarla en un formato que le es característico: con un tiraje de apenas 500 ejemplares, enumerados cada uno de ellos y con una cuidadosa elaboración artesanal que los transforma en un objeto de arte y acrece el placer de su lectura.

Mientras la releía, me preguntaba por qué la recordaba aún de forma tan nítida. Sé que solo los libros que resuenan en la memoria valen realmente la pena. Pero, ¿en dónde reside su encanto?

Quizás obedece a que en esta novela se escucha el silencio, asunto bien difícil de lograr en esta época de ruido. Desnuda de pretensiones; los diálogos, con un lenguaje preciso, son mínimos y escuetos; una historia sencilla, que fluye sin grandes tensiones o clímax notorios, sin embargo, abarca toda la existencia de las protagonistas, Raquel y Sara; un entorno imponente, casi inhabitado, porque excepto la casa en donde viven, no hay nadie en kilómetros: todo esto se aúna y confiere a la narración un aire de misterio y una fuerza contenida.

Desde el inicio, en pocas líneas, se resume la historia que ha de narrarse. Continuos saltos temporales van llevando al lector, sin detallar mucho los acontecimientos, para desarrollarlos luego, paso a paso. Es claro entonces que no se busca en la novela crear grandes tensiones o expectativas. Todo lo contrario. Una suerte de serena contemplación de los acontecimientos, para nada aburrida, atrae al lector a lo largo de la trama.

El padre, militar retirado y viudo, lleva a sus cinco hijos desde Manzanares hasta el páramo para buscar fortuna y olvido. Este acontecimiento marca la vida de las protagonistas. Las niñas crecen allí y, contrario a lo que pudiera pensarse, no añoran la compañía de otros ni el bullicio de la ciudad que dista solo 35 kilómetros, pero que, dada la topografía, supone

una barrera difícil de franquear.

Podría afirmarse que en la novela es el páramo el que marca el tono y la actitud de los personajes, porque es un lugar tan protagónico como sus actores principales; seduce con su poderío tanto al padre como a las hermanas, cuyo carácter se define mientras contemplan el paisaje majestuoso que las rodea. Así se describe el páramo, cercano al nevado, en el Tolima:

Muy pronto aprendió el nombre de las especies de frailejones que crecen en la región y sus propiedades curativas; pasó mañanas enteras escuchando el viento, y en las noches se extasió contemplando las cascadas que nacen en el nevado y con furia se precipitan al abismo. (...) allí la naturaleza poseía encantos mayores que en todos aquellos lugares a los que estaba acostumbrado. (p. 46)

Los otros tres hermanos son apenas personajes accidentales que rápidamente se borran de la trama, sin casi pronunciar palabra. Basta una carta de ellos, desde la ciudad en donde viven, para que Raquel comprenda que en adelante solo ella y su hermana conforman el mundo que a ambas compete. Aún en las situaciones más cruciales de la trama, la forma de comunicarse de las hermanas es tan silenciosa como el páramo: “Sara, de ahora en adelante tú y yo debemos valernos [sic] por nosotras mismas. Solo tú y yo somos la familia. No tenemos a nadie y no debemos necesitar a nadie” (p. 38).

En las familias suelen los hijos asumir roles que los marcan para siempre. Así sucede en *Las hermanas*. A pesar de ser la menor, por su cercanía con el padre y por su carácter, Raquel asume la autoridad y el papel de la madre, y todos aceptan su rol de manera tácita, sin discutirlo.

Por su parte Sara, a pesar de ser dos años mayor que ella, la obedece sumisa y dedica su vida a servirle y secundarla. Cuando aquella comprende que Sara se ha convertido en una mujer, le sugiere que se vaya: “Seguramente, Sara, será mejor para ti regresar a la ciudad” (p. 39). La muchacha se angustia al punto de no volver a comer. Después de que la mayor sugiere, sin explicaciones de ningún tipo, la menor

solo responde unos días después: “No conozco a nadie más en el mundo y no necesito a nadie (...) Te pido, Raquel, que nunca más me hables de esto” (p. 39).

Ambas mujeres viven una vida sencilla, con sus rutinas establecidas. A pesar de sus temperamentos tan opuestos, se complementan a la perfección. Además de las oraciones y las caminatas hasta la laguna en las tardes, diariamente Sara peina a Raquel. Mientras esto sucede, la una pontifica sobre la vida de los santos, su único libro de lectura, mientras la otra, humilde, escucha y admira el cabello de su hermana. Por momentos esta figura dominante se vuelve odiosa: “Raquel no fue humilde sino ante Dios. Aunque los hombres merecieron su respeto, este lo condicionó a que le testimoniaran el suyo de antemano” (p. 24).

El hecho, aparentemente inverosímil de dos mujeres tan jóvenes viviendo solas en tales lejanías, al que el lector se resiste en un principio, se va volviendo natural. Luego queda claro que no precisan de nadie para defenderse: “Raquel tomó la escopeta, se acercó a una de las ventanas y ordenó a Sara que permaneciera en silencio. La noche era negra y una neblina densa hacía imposible distinguir algo a dos metros de distancia” (p. 40).

Otro personaje cuyo mutismo es llamativo es el del esposo de Raquel. Pronto se desvanece como una sombra, de manera tan imprevista como aparece, llevado por el azar, hasta el páramo donde viven las protagonistas.

También la maternidad es silenciosa. Poco, casi nada, se mencionan los hijos. Lo que sí pervive, contundente, es el lazo indisoluble de las hermanas y el amor que se tienen. Siempre está en primer plano esta manera de estar juntas, una alianza sin palabras que recorre la vida de ambas, hasta la muerte.

Lo mismo sucede con el narrador, que apenas se asoma, discreto. Solo muy adelante el lector comprende que se trata de un narrador testigo: “Todos sospechamos que el fin de Sara estaba cerca, y dispusimos entonces nuestro espíritu para tal evento” (p. 73).

Pero, quizá la mayor silenciada es precisamente Sara, quien sorprende al final. Cuando todos creían que sería

RESEÑAS		NOVELA
incapaz de superar la muerte Raquel, surge con fuerza inusitada. Es en este momento cuando el lector comprende que, contrario a lo que había pensado, en esta relación simbiótica, fue posiblemente Sara quien siempre sostuvo a Raquel, quien en su aparente fortaleza precisaba de la hermana, de su generosidad, para que la vida fluyera. Y nuevamente, solo dos líneas antes del final, aparece por segunda vez el narrador (la primera frase de la cita describe a Sara matando zancudos): “A pesar de la ceguera no recuerdo que hubiera errado un solo golpe. Un año después, la llamita de vida que había en ella se extinguió en la oscuridad” (p. 75). Y entonces el lector siente tristeza; este personaje que parecía tan secundario, esta sombra de Raquel, se engrandece en su sencillez, lo mismo que la novela. Su muerte retrotrae al lector al páramo, a su silencio, al silencio de toda vida, pero más a esta, sin pretensiones, que posee la misma fuerza de una pequeña luz en la oscuridad. Emma Lucía Ardila		